

se nos manifiesta una cosa bella de orden suprasensible, nos han salido ya al encuentro en las investigaciones anteriores. Con todo bien merece el asunto la pena de examinar las especies particulares de tales representaciones con relación á nuestro actual intento, y de formarnos al mismo tiempo una idea clara del modo como en general se nos ofrecen las cosas espirituales en las percepciones inmediatas.

## XVII.

Breve suma de los caracteres que tienen aptitud para procurarnos la contemplación del orden suprasensible. Relaciones en que se funda este medio; la causalidad, la analogía y la oposición. Doble esfera de los fenómenos que proporcionan aquella contemplación: la objetiva y la subjetiva.

96. Para que un objeto pueda ser percibido por medio de otro, debe de haber entre ambos una relación en cuya virtud el primero se manifieste en el segundo. Tres relaciones de esta especie singularmente queremos señalar: de causa á efecto, de analogía (semejanza), y de oposición.

Por regla general no se concibe ningún fenómeno en que con más claridad se manifieste lo suprasensible, que en aquel cuyo principio inmediato, cuya razón determinante (*causa formalis*) es una sustancia espiritual. Por fenóme-

nos de esta especie hemos de reputar todos aquellos cuyo sugeto es el hombre considerado como naturaleza corpóreo-espiritual. En todos estos fenómenos, ahora pertenezcan á la vida interior, ahora se perciban exteriormente, el alma se trasparenta en cierto modo: porque inmediatamente y por sí misma el alma es la forma del hombre, el principio plástico de su cuerpo todo. En los estados así transitorios como habituales del ánimo, en los sentimientos y armonías del corazón, en sus tendencias y propósitos, en sus amores y sus odios, y no ménos que en todas estas cosas, en la parte exteriormente visible del hombre, en lo que hace y padece, en sus costumbres, vocaciones y hábitos, en su exterior todo, en las actitudes corpóreas y en los lineamentos del rostro, en la mirada y en el tono de la voz, hasta en la materia, corte y color del vestido, en una palabra, en todo aquello de que se compone la vida humana así interna como externa, se nos manifiesta naturalmente el principio espiritual que es la causa próxima de dicha vida, el alma racional con sus virtudes y sus faltas; en todo eso conocemos los sentimientos y el carácter así del individuo como de la sociedad, y juntamente las varias relaciones de unos hombres con otros, las más excelentes entre las cuales son de índole puramente racional, y las otras, por lo ménos en su parte más importante, pertenecen al orden de las cosas espirituales.

97. Pero no se limita solo á la sustancia invisible que anima al cuerpo humano con las propiedades y relaciones que le son inherentes, esta manifestacion de lo espiritual en los fenómenos patentes á nuestra intuicion (1). El alma humana no está divorciada del mundo en que contempla su verdadera patria: antes en su misma naturaleza racional conserva indelebles los rasgos del Rey de los espíritus, y la causa de su connexion con aquellas altas esferas mantenida con los vinculos indisolubles del pensamiento y del amor. En el orden sobrenatural, como en el natural, vive el alma bajo la influencia del reino de los espíritus; el reino de lo verdadero, de lo bueno, de lo bello (y si se sale de él abusando de su libertad, el reino del mal y de la mentira) obra incesantemente en el alma modificándola y formándola por medio de impresiones reiteradas, manifestándose en sus ideas, propósitos y sentimientos, y educando por un modo inmediato su vida íntima, y mediante ésta su vida exterior tambien. En la manifestacion de la vida humana no se ofrece pues á nuestra percepcion la esfera de lo puramente inteligible como el principio

---

(1) Llamamos aquí y llamaremos en adelante «sistema patente á nuestra percepcion inmediata,» «sistema de nuestros conocimientos inmediatos» á la esfera donde se contienen aquellos fenómenos de los cuales nos formamos representaciones propias. Esta denominacion no es del todo exacta filosóficamente hablando en cuanto conocemos ciertas acciones de nuestra alma inmediatamente y no cierto por medio de representaciones propias.

próximo de dicha vida, pero sí como su principio más alto. En la historia de un Tomás Moro y de su heroica muerte se ofrece vivamente á nuestra vista el noble espíritu de aquel insigne varon, temeroso de Dios, pio, con un valor inquebrantable para defender la verdad, lleno de lealtad y generosa adhesion á la Iglesia de Cristo; pero en este mismo ejemplo de la belleza del mundo invisible tenemos asimismo representado casi con igual claridad una belleza de un orden todavía superior, á saber: el poder triunfante del derecho y de la verdad, la grandeza de la fé y el triunfo de una Iglesia que así tiene la virtud (solo la Iglesia la tiene) de formar tales héroes, de infundirles valor y darles fuerzas con que pelear tales batallas, y de sublimar hasta el orden espiritual semejantes victorias. Lo mismo puede decirse de todo lo bueno y noble que brilla en el fondo de la vida humana. Lo mismo se entiende del riquísimo tesoro de tradiciones, crónicas y leyendas de la antigüedad cristiana, conservadas con amorosa solicitud por generaciones llenas de fé que hallaban en ellas dulcísimo alimento para su vida más elevada; lo mismo, aunque en esfera visiblemente superior, de todos los rasgos de la vida de la Virgen Madre del Señor, y de los santos que la Escritura ó la historia eclesiástica presentan á nuestros ojos, para cuya representacion tanto se ha afanado el arte cristiano desde los dias de las catacumbas

hasta los presentes; lo mismo, si bien por un modo incomparable y completamente propio, de cada momento de la vida de Aquel «en quien habita por esencia la plenitud de la divinidad»; lo mismo en fin de todo lo que en orden á la vida de la humanidad nos han legado la poesía ó la historia de bueno y de recto, de noble y de bello no solo en los siglos cristianos sino tambien en los anteriores. Pues donde quiera que en las escenas del mundo antiguo, en medio de la oscuridad de sus pensamientos y anhelos, se echa de ver algun rayo de verdad, nuestras miradas se elevan al sol de verdad en cuyo derredor giran las ideas eternas: donde quiera que se muestra la huella de un noble sentimiento ó alguna sombra de virtud, allí se encuentra el crepúsculo de la luz que desde el dia de la creacion ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

98. La relacion en cuya virtud la parte del mundo visible antes indicada, el hombre y la sociedad humana, la accion de aquel y la historia de ésta, llegan á proporcionarnos el conocimiento cierto de lo suprasensible; esa relacion no es otra, como ya dijimos, que la de causa. El espíritu humano, como principio activo, es quien atribuye su respectiva forma al objeto sensible: y en el mismo espíritu se actúa á su vez una fuerza superior; la razon se determina por medio de la verdad, merced al poder de las ideas, y si queremos hablar en términos concretos, por virtud

de la divina sabiduría de quien la misma razon es imagen. Que además de esto se echa de ver otro elemento espiritual en la vida humana, en los hechos de la historia, en el destino de los individuos y de la sociedad, ya lo declaramos en varios lugares de esta obra (1). «El corazón del hombre elige libremente sus caminos; pero Dios es quien en realidad dirige sus pasos» de una manera cierta é indefectible hácia el fin que ha ordenado su providencia: que providencia divina es la que no obstante la razon y la libertad humanas ordena el momento decisivo en la historia de todos y de cada uno de los hombres. El poder y la providencia de Dios, su rectitud y su amor, tal es el tercer elemento inmaterial que podemos contemplar hecho visible en la vida humana (2).

99. De qué modo se nos manifieste lo suprasensible, merced tambien á la relacion de causa, en las criaturas irracionales, no tenemos, despues de lo que oportunamente digimos (70-75), necesidad de explicarlo de nuevo, mayormente cuando esta parte, en la que se comprenden las cosas que percibimos de un modo inmediato, carece por lo mismo, en orden á nuestro actual pro-

---

(1) Véanse los n. 69, 70, 75, 76.

(2) El que quiera ver sobre lo que aquí decimos (97. 98), un comentario, sacado de las obras de las bellas artes, más interesante por cierto que la teoría abstracta, puede acudir á las recientes novelas de la condesa de Hahn-Hahn.

posito, del sentido incomparablemente superior de la vida humana. Pero si tratamos de investigar los fenómenos que por medio de las otras dos relaciones antes indicadas, la analogía y la semejanza, nos procuran la contemplación de las cosas espirituales, en este caso la naturaleza reclama, con igual derecho que aquella primera parte, toda nuestra atención.

¿Qué es analogía? La semejanza, ó digamos, la conveniencia de dos cosas en una ó más notas ó caracteres. Santo Tomás (1) distingue dos maneras de semejanza. La una es cuando dos cosas tienen específicamente la misma propiedad: así el agua hirviendo es semejante al yerro hecho ascua, porque ambas cosas poseen calor; la mariposa es semejante al águila, porque ambas á dos vuelan; el ángel es semejante al ángel, y el alma de un hombre á la de otro. Esta semejanza tan solo es posible entre cosas pertenecientes á un mismo orden, y solo dentro de él, segun que tienen el mismo grado de ser. La otra semejanza, por el contrario, que es cabalmente nuestra analogía, existe entre cosas de orden diferente, por ejemplo el orden espiritual y el de los objetos visibles, ó dentro de un mismo orden en habiendo diferente grado de ser. Cuando dos cosas poseen notas que guarden entre sí cierta manera de proporción, que forman cierto como

(1) In IV. dist. 45. q. 1. art. 1. solut. 1. ad. 2.

paralelismo en su ser respectivo, una de ellas es á nuestros ojos, respecto á dichas notas, semejanza, imágen de la otra; tal es la analogía á que nos referimos (n. 26).

Véanse en las siguientes líneas de Redwitz ejemplos de analogías.

«Que resplandezca yo como el sol, ó sea como pálida bruma; que florezca como rosa de Jericó ó como una florecilla del bosque; que me eleve cual cedro del Líbano, ó me incline como una caña; que mi voz resuene como el canto de David, ó que sean sus sonidos tan suaves como los que dá el tallo al moverse; que me agite á modo de un torrente, ó me mueva al través de abrasado polvo, todo esto es igual en los ojos de Dios, y nada es grande ni pequeño, y si yo soy lo que debo ser, entónces soy lo justo en el espíritu del mismo Dios» (1).

Las anteriores analogías pertenecen á la naturaleza irracional; mas lo que ellas deben ilustrar, corresponde á un grado más alto de la existencia, á la vida humana: ambas cosas sin embargo se contienen en el mismo orden, en el orden de las cosas que se perciben inmediatamente ó por sí mismas, en el orden de lo sensible. De mucha mayor importancia son para nuestro propósito aquellos fenómenos del mundo visible que sirven para darnos á conocer lo que es completamente invisible, lo puramente espiritual, y elevarnos á su contemplación. Las

(1) Pensamientos, pág. 90.

misteriosas relaciones entre el Hombre-Dios y su Iglesia, la union viva de Cristo con sus miembros, la dependencia esencial y ontológica que tiene toda vida, direccion é impulso sobrenaturales del influjo continuo del Salvador, son un objeto puramente inteligible, un hecho del todo inmaterial, como el reino del espíritu, al cual pertenece exclusivamente. Mas teniendo nosotros como tenemos necesidad de conocer esta verdad, que forma una parte integrante de nuestra fé, ¿qué hace el Señor para ponerla á nuestro alcance? Del orden de cosas que podemos conocer inmediatamente, escoge otro hecho paralelo, por decirlo así, al puramente supra-sensible, en el cual se ven grabados como en miniatura los rasgos de este último hecho; y así nos provee de una imágen, de una analogía. «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí *que soy la vid* no lleva fruto, le cortará; y á todo aquel que diese fruto, le podará para que dé más fruto..... (Por esta razon) permaneced en mí: que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid; así tampoco vosotros si no estais unidos conmigo». Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: quien está unido pues conmigo y yo con él, ese dá mucho fruto; porque sin mí nada podeis hacer. El que no permanece en mí será echado fuera como sarmiento inútil, y se

secará, y le cogerán y arrojarán al fuego, y arderá (1).» Por medio de esta imágen podemos llegar á entender el misterio de nuestra vida de union místico-orgánica con el divino Salvador. Y no solo se echa de ver esta verdad. En la corteza sin brillo alguno del sarmiento, en su extraordinaria fertilidad, en medio del poco valor que tiene al parecer, y en otras muchas propiedades de él, se nos manifiestan otras tantas propiedades verdaderamente sublimes del «verdadero sarmiento» en el grado más inteligible con que las cosas de esta especie, inaccesibles al sentido, pueden en general ser representadas para el espíritu humano. Siempre resulta sobre manera breve la miniatura contenida en la copia: sus colores parecerian á la verdad débiles y vagos, si pudiéramos compararlos con el vivo y fresco colorido del original; pero no pudiendo nosotros contemplar el último en la presente vida, he aquí que la analogía nos dá un boceto de él bastante visible, con que podemos conservar viva la estrecha union con el mundo de los espíritus, y conocer las sublimes verdades cuyo conocimiento es necesario á la vida espiritual; y bastante claro y perspicuo para que por él admiremos y gustemos la incomparable belleza del original.

Tales copias y bocetos, tales semejanzas é

---

(1) Joan. 15. 1 y sig.

imágenes pertenecen á la esfera de las innumerables cosas que podemos percibir de un modo inmediato. Muchas de ellas se ofrecen por sí mismas al ánimo; otras las descubre la atenta observacion; y á no pocas hemos sido conducidos por la revelacion divina; pero muchas tambien, acaso la mayor parte de ellas, se sustraen á nuestros ojos. ¿Por ventura osaremos atribuir á mero accidente fortuito la verdad de las analogias de que hace uso la divina revelacion, tales como el sarmiento por ejemplo? Tantas y tantas cosas pertenecientes, al ménos segun nuestro modo de entender, al orden natural, como el aceite, el agua, diferentes números, ciertos colores, gran variedad de flores,..... ¿no han de tener otra razon más profunda del sentido simbólico-místico que poseen, sino un paralelismo fortuito y no intencional? Muy distantes estamos de creerlo. ¿Quién sabe si ambos mundos, el visible y el invisible, no son en su respectivo género la expresion de las mismas ideas; si la creacion material, cuando ménos en sus lineamientos principales, no es la imágen fiel de la espiritual; si la esfera sobrenatural no es el original copiado y no más que copiado en el orden natural? Un pensamiento semejante á este debió tener ante sus ojos el sabio griego cuando en el Timeo hizo decir á este: «El mundo es hermoso en el más alto grado, y su autor en el más alto grado bueno. Porque contempló su obra en un

modelo inmortal, por esto salió ella ajustada al orden que solo la razon y espíritu inteligente se representan, y es el mundo que vemos la imágen de otro mundo invisible» (1).

Un motivo semejante tambien conmovia el corazon del poeta aleman cuando cantaba diciendo:

«¿Cómo es que siendo tu cielo, oh italiano, tu cielo azul, tan claro y espléndido, sin embargo su aspecto radiante de alegría llena mi corazon de profunda tristeza? Pues si dirijo la mirada á los espacios luminosos, el anhelo inunda mi pecho, y presiento vagamente y como en sueños una luz más pura y una atmósfera tambien mas pura. Y cuando el plateado y melodioso cisne emprende su vuelo, y se cierne á lo léjos expirando en medio de las más puras ondas de sus concertados tonos, tambien despierta entonces su melodia en nuestro corazon tristes sentimientos, y experimentamos los más dulces anhelos á otros armoniosos concertos. Así toda nuestra vida es un presentimiento; un suspiro que no nos deja hasta el sepulcro; aquel le verá cumplido, á quien este suspiro le anuncie su objeto final» (2).

Pero hemos perdido de vista nuestro asunto.—Aquel paralelismo de que hablábamos, aquella relacion de analogia entre las cosas del mundo

(1) Τοῦτων δὲ ὑπερχρόνων αὐτῶν, καὶ πάντα ἀνάγκη, τόνδε τὸν κοσμον εἰκόνα τινὸς εἶναι. Plat. Tim. ed Bipont. vol. 9. p. 303, Steph. p. 29. a.—«Il n'y a aucune loi sensible, qui n'ait derrière elle (passez-moi cette expression ridicule) une loi spirituelle, dont la première n'est que l'expression visible.» J. de Maistre.

(2) G. Görres, Pensamientos (Luz y armonía).

visible y del invisible, son cabalmente el fundamento de la metáfora, de la alegoría, del símbolo, porque estos modos de representación nos sirven para alcanzar el conocimiento de los objetos suprasensibles.

100. La tercera relación en cuya virtud pueden las cosas visibles representarnos las invisibles, dijimos que era la oposición (negación). En este punto podemos ser más breves, no porque esta relación carezca de importancia para la contemplación del orden suprasensible, antes á dos de las bellas artes las sustenta principalmente con rica profusión. «Y Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas: ni habrá ya muerte ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor porque las cosas de antes son pasadas,» escribe el Evangelista San Juan (1); donde nos dá una idea del

---

(1) Apoc. 21, 4. Muy semejante á esto es lo que canta Beda Weber en sus «Canciones del Tirol» de la patria de los bienaventurados:

«Oh tierra donde sin hoces que sieguen, se coge una mies que dura eternamente; donde el manjar se dá por sí mismo, y hay hartura cuyo deleite se aumenta gozándola! ¡Oh tierra donde el amor no palidece; donde el deleite alcanza la copa en que rebosan las delicias del cielo; donde la virtud intrépida como el águila echa sus raíces de eterna juventud cual cedro plantado por el mismo Dios; donde se estrechan los amigos para calentarse después del frío que hiela los corazones en el valle, y construyen á la amistad en las praderas coronadas de frutales cabañas que el huracán no derriba nunca! ¡Ay! ¡cuánto tiempo habré de suspirar por el aire de tus bosques, oh anhelada dichosa patria! ¡cuánto tiempo andar agitado, solitario donde en el otoño se caen las hojas, desterrado donde se respira el aire de los sepulcros! Hé aquí que sembrando aquí bajo con nuestro corazón enfermo esperanzas y alegría, luego

dichoso estado de los elegidos, excluyendo de él á todo lo que hace amarga la vida presente. Por medio de tal exclusión no se niega simplemente de las cosas espirituales meras imperfecciones, ó excelencias disminuidas, sino al mismo tiempo se pone en ellas y se ofrece á nuestra intuición las perfecciones contrarias, las más sublimes excelencias, aunque no con la claridad y distinción propias de una representación positiva, la cual por su parte no se ofrecería con gran riqueza ni perfección. Que en semejante contraposición no echamos de menos cosa alguna, lo sabe muy bien, sin necesidad de que nosotros se lo digamos, todo el que entiende lo que es la vida, lo que el mundo es, toda persona cuya vista interior no ha perdido completamente su perspicacia, y por consiguiente quien pueda hacer alguna manera de comparación entre las cosas visibles que pasan y las invisibles que permanecen inmutables.

101. Los fenómenos de que hemos hablado hasta ahora, constituyen en globo el orden de cosas visibles que nos rodea. Este mismo orden se muestra á nuestros ojos lo mismo que á los

---

recogemos pesares, y el yelo abrasa nuestros mirtos, el sepulcro devora nuestros restos, la gota cala las piedras, y al acero lo oxida el orín. Tú solo, oh patria de las claridades sempiternas, tierra de la verdad y de la vida, tú sola sanas el pecho enfermo del peregrino. ¡Oh! plegue á Dios que al partir de estas tinieblas me recibas en el sereno esplendor primaveral de tus suaves y vivificantes delicias.»

(El mal del país.)

del arte, quiero decir, á los del artista, como objetivo, como una realidad externa y diferente del sugeto. Lo cual no impide que el hombre y principalmente el artista lleve en sí mismo, si por ventura quiere ver lo que debe ver, un segundo mundo de fenómenos, que germinando en las entrañas del ser humano pueden ser para nosotros objeto de conocimientos inmediatos, de representaciones propias. Y es de notar que el orden suprasensible no brilla ménos á nuestros ojos cuando objetivamente se nos representa, que cuando pertenece á una esfera que podemos llamar subjetiva con relacion al artista. El alma del artista es un espejo claro y animado del mundo invisible; sus bienes y sus males se graban en los mudables movimientos de su ánimo, de los cuales son (1) causa (objeto); la belleza se refleja en los diversos afectos y sentimientos de su corazon, cual en una noche serena se retrata en el fondo de un lago la imágen del cielo estrellado.

---

(1) El autor de esta obra entiende por movimiento del corazon, ó como se dice en aleman, *das gemüths*, un impulso concorde y simultáneo del apetito superior y del inferior, el cual es por consiguiente una accion de la fuerza total expansiva del hombre escitada por el conocimiento de un bien ó de un mal suprasensible. Si el lector quiere considerar las razones en que se funda esta definicion, puede ver la noticia que dimos de ella en LA CIUDAD DE DIOS bajo el título de « *Filosofía alemana novísima.* » N. del T.

### XVIII.

La concepcion caleotécnica: su esencia y propiedades. La libertad de la invencion: idea y limites necesarios de la misma. La concepcion caleotécnica debe corresponder completamente á las leyes necesarias de la existencia contingente. Aplicaciones al género púramente poético y al histórico. Anacronismos. La verdad como propiedad de las concepciones que proceden del sistema subjetivo. Naturalidad y afectacion. Si el arte es imitacion de la naturaleza. Lo que exigen las bellas artes del artista.

102. Con esto hemos distinguido de paso las diferentes clases de fenómenos cuyas representaciones pueden servirnos de otros tantos medios para el claro conocimiento del mundo suprasensible. El artista, aleccionado de este modo, tiene que elegir para su intento, es decir, para la exposicion más luminosa posible del objeto bello espiritual, el fenómeno ó el haz de fenómenos conducentes. Esto supuesto damos el nombre de *concepcion caleotécnica* (1) á la representacion formada con tal designio por el artista, la cual está presente á los ojos de su propio espíritu. De aquí que bajo ese nombre se comprenda tambien la especie que el artista aprehende entre las muchas que forman el conjunto de las percepciones inmediatas, especie que fluctúa, por decirlo así, ante los ojos de su fantasía, y en la cual y por medio de la cual se ofrece con viva

(1) Véase despues el núm. 166.